

JACOBO GARCÍA ÁLVAREZ

Departamento de Humanidades: Geografía, Historia Contemporánea y Arte. Universidad Carlos III de Madrid

## *Paisajes nacionales, turismo y políticas de memoria: Toledo (1900-1950)*

### RESUMEN

La importancia histórica, artística y monumental de la ciudad de Toledo, unida a su pintoresco emplazamiento y a su proximidad a la capital del Estado, han convertido este lugar en uno de los principales destinos turísticos de España. A ello han contribuido también, de manera decisiva, determinadas valoraciones ideológicas y culturales de carácter paisajístico, desarrolladas fundamentalmente en la primera mitad del siglo XX. El presente trabajo examina algunas de estas valoraciones e imágenes de Toledo como paisaje y lugar de memoria en clave nacionalista, así como la relación de tales valoraciones con los orígenes de la patrimonialización y el desarrollo turístico de la ciudad.

### RÉSUMÉ

*Paysages nationaux, tourisme et politiques de mémoire: Tolède (1900-1950).*- L'importance historique, artistique et monumentale de la ville de Tolède, et, en plus, son pittoresque emplacement et sa proximité à la capitale de l'Etat, ont fait de ce lieu un des principaux destins touristiques de l'Espagne. À cela ont aussi contribué, d'une manière décisive, certaines valorisations idéologiques et culturelles de caractère paysagère, développées fondamentalement dans la première moitié du XX<sup>ème</sup> siècle. Le travail présent examine quelques unes de

ces valorisations et images de Tolède comme paysage et lieu de mémoire ayant un objectif nationaliste, de même que le rapport de telles valorisations avec les origines de la patrimonialisation et le développement touristique de la ville.

### ABSTRACT

*National landscapes, tourism and policies of memory: Toledo (1900-1950).*- The historical, artistic and monumental importance of the city of Toledo, together with its picturesque site and its proximity to Madrid, has turned this place into one of the main tourist destinies in Spain. This role has been also influenced in a decisive way by certain ideological and cultural landscape images, developed in the first half of the 20th Century. This article examines some of those images of Toledo as national landscape and place of memory, as well as the relationship of such images with the beginnings of the patrimonialization and tourist development of the city.

### Palabras clave / Mots clé / Key words

Toledo, paisaje, nacionalismo, lugares de memoria, turismo.  
Tolède, paysage, nationalisme, lieux de memoire, tourisme.  
Toledo, landscape, nationalism, places of memory, tourism.

### I

#### INTRODUCCIÓN: PAISAJES NACIONALES Y LUGARES DE MEMORIA

**L**A IMPORTANCIA turística y monumental de la ciudad de Toledo es, desde hace tiempo, un hecho sobradamente conocido y reconocido. En 1940 Toledo se convirtió, junto a Santiago de Compostela, en la prime-

ra ciudad española cuyo conjunto histórico fue declarado enteramente monumento histórico-artístico, y en 1986 entró a formar parte de la lista del Patrimonio de la Humanidad de la UNESCO. El *Mapa del Patrimonio Histórico Inmueble* publicado en 1995 por el Ministerio de Cultura identificaba a Toledo como la ciudad española con mayor número de Bienes de Interés Cultural (112 en total, por delante de los 86 de Córdoba y los 81

de Granada), así como la de mayor densidad de ese tipo de bienes por habitante (en aquel entonces, contaba con 16,96 por cada 10.000 habitantes, por delante de Ávila, con 8,26, y Segovia, con 7,18) (MINISTERIO DE CULTURA, 1995; CALLE, 2002, pág. 43). La conjunción de este rico patrimonio, vinculado a una historia densa y antigua, con otros factores tales como su situación céntrica dentro de la Península y su proximidad a la ciudad de Madrid, de la que dista apenas 70 kilómetros, explican que Toledo haya sido, desde el comienzo del turismo moderno en España, y aun incluso antes, uno de los destinos principales y más concurridos del país, tanto a nivel nacional como internacional, recibiendo una cifra anual de visitantes que, según algunas estimaciones, se aproxima a los dos millones (GARCÍA HERNÁNDEZ, 2003)<sup>1</sup>.

Las claves que conforman la imagen turística de Toledo han sido objeto, asimismo, de estudios más o menos detenidos, que han subrayado, especialmente, la espectacularidad de su emplazamiento (una meseta granítica que se eleva entre 50 y 100 metros sobre el encajamiento y la vega del Tajo), la singularidad de su trama urbana (heredada en buena parte de los trazados y la organización musulmana de época medieval) y la riqueza de su patrimonio monumental (con edificios correspondientes a diferentes épocas históricas, que conservan la huella de distintos estilos, civilizaciones y culturas) (AYUNTAMIENTO DE TOLEDO, 1994; ZÁRATE, 1997; GARCÍA HERNÁNDEZ, 2003). Otras investigaciones se han detenido en determinados aspectos del proceso de conversión de Toledo en un destino turístico principal, cuyo punto de arranque suele situarse, al igual que en muchas ciudades históricas españolas, en las imágenes proyectadas, desde finales del siglo XVIII en adelante, por los escritores y viajeros románticos (VV.AA., 1990; MUÑOZ HERRERA, 1993; BRANDIS y DEL RÍO, 2006). Algunas de éstas y de otras aproximaciones han identificado, en fin, los hitos que conforman dicho proceso de valoración turística, aunque faltan todavía estudios de conjunto<sup>2</sup> y restan aspectos importantes por investigar de manera rigurosa y detallada.

<sup>1</sup> María García Hernández, aun admitiendo la dificultad de establecer cálculos de afluencia turística precisos, estimó para el período 1998-2000 una cifra de entre 1,7 y 1,8 millones de visitantes anuales (GARCÍA HERNÁNDEZ, 2003, pág. 426), que otras fuentes han elevado hasta los dos millones indicados.

<sup>2</sup> Manuel de la Calle cita y resume un trabajo inédito de Martín Gavira Brandt, elaborado en 1999, sobre los orígenes turísticos de la ciudad de Toledo, que hasta donde yo sé no ha sido publicado y cuyo contenido preciso ignoro (CALLE, 2002, pág. 85).

El propósito de esta contribución es examinar dos de esos aspectos que, habiendo sido apuntados por algunos autores, e incluso analizados en determinadas facetas (POUTET, 1995; VARELA, 1999; STORM, 2003; MORENO GARRIDO, 2004; BASILIO, 2006), requerirían, por su magnitud, una atención más detenida. De un lado la valoración de Toledo como uno de los principales lugares de memoria y de identidad en el imaginario nacionalista español de la primera mitad del siglo pasado, o más específicamente, en su conformación como paisaje o arquetipo paisajístico nacional; de otro, los lazos que unen tales imágenes y valoraciones con la patrimonialización de Toledo en diferentes planos, atendiendo, en especial, a los inicios de la promoción turística y a la puesta en marcha de diferentes medidas de protección y difusión de los valores paisajísticos y monumentales de la ciudad.

La presente contribución se situaría, pues, dentro de una línea, cada vez más nutrida, de investigaciones que, en especial desde el decenio pasado, ha indagado en los procesos de valoración simbólica y patrimonial de determinados lugares y paisajes efectuados en clave nacionalista, en tanto en cuanto la idea moderna de paisaje y su patrimonialización o consideración como fuente y expresión de identidad colectiva nacen y se desarrollan, en buena medida, en relación con la emergencia de los nacionalismos y los procesos de construcción nacional contemporáneos (ORTEGA CANTERO, 2005; GARCÍA ÁLVAREZ, 2007). En parecido sentido, estos «paisajes nacionales», que algún autor ha definido como «aquellos paisajes o conjunto de paisajes que en el imaginario colectivo representan e identifican los valores nacionales, la esencia de la nación» (NOGUÉ, 2005, pág. 151), constituirían, en sus contextos históricos y geográficos correspondientes, auténticos «lugares de memoria», utilizando la expresión popularizada a partir de los años 80 por el historiador francés Pierre Nora (NORA, 1982-1993).

A este respecto conviene recordar que, según Nora y la historiografía que ha cultivado esta línea de estudio (CUESTA, 1998), a la que se han sumado otras muchas disciplinas humanas y sociales, incluyendo la geografía (TILL, 2003), el concepto de memoria colectiva se entiende en el sentido de «construcción social del recuerdo», o incluso como «instrumentalización del pasado en el presente». Y que, de acuerdo con estos mismos enfoques y planteamientos, los estudios recientes sobre los procesos de construcción de la memoria colectiva han hecho un amplio uso de dos nociones cargadas de considerables implicaciones espaciales. De un lado, la idea,

antes apuntada, de «lugar de memoria», aplicada a aquellos «lugares donde se elabora la memoria», que pueden ser simbólicos (caso de banderas, himnos, emblemas y lemas), funcionales (como ciertas leyes o códigos legislativos, diccionarios, obras literarias o manuales escolares) o físicos (entre los que se cuentan monumentos conmemorativos, edificios patrimoniales, museos, archivos, así como determinados paisajes). De otro, el concepto de «política de la memoria», que indicaría la producción, desde las élites políticas e intelectuales, de un discurso sobre el pasado al servicio de intereses y objetivos del presente, así como la puesta en práctica de ese discurso en la sociedad a través de la conmemoración y de otras actuaciones de dimensión pública (incluyendo ciertas intervenciones de carácter espacial y paisajístico).

El estudiar la valoración simbólica y patrimonial de un lugar de la importancia y la densidad histórica y monumental de Toledo impone, en cualquier caso, adoptar ciertas cautelas y explicitar algunas advertencias. En primer lugar, porque, al tratarse de una ciudad que ha sido referencia obligada para los viajeros por la Península desde épocas bastante remotas, lo difícil no es, en modo alguno, encontrar fuentes, sino más bien espigar y seleccionar entre ellas, pues el número de testimonios, imágenes y representaciones culturales de esta ciudad resulta ciertamente apabullante y, en el caso del período elegido (la primera mitad del siglo XX), incluye a muchos de los intelectuales más ilustres de la España de la época (MORENO NIETO, 1983; VILLAR GARRIDO, A. y J., 1997). A tal fin, he seleccionado y clasificado en una tipología orientativa una serie de visiones y valoraciones de Toledo estimables desde el punto de vista de las representaciones paisajísticas de carácter identitario o nacionalista, ya sea por su densidad, continuidad y recurrencia, ya por la categoría intelectual de las figuras que las plantearon, ya, en fin, por la influencia posterior de tales visiones y figuras en los procesos de patrimonialización o en las políticas de memoria antes aludidas.

Dicha tipología comprendería seis imágenes, provistas, en mayor o menor medida, de dimensiones geográficas o, más ampliamente, paisajísticas: Toledo como «ciudad muerta»; Toledo como «ciudad compendio»; Toledo como «puente o encrucijada»; Toledo como «ciudad de El Greco»; Toledo como «simbiosis de naturaleza y cultura»; y Toledo como «ciudad fortaleza». Como toda tipología, soy consciente de que ésta adolece de elementos arbitrarios y discutibles, pues tales imágenes no siempre son evidentes y, sobre todo, a menudo se combinan y mezclan entre sí. Por otra parte, no

se trata de visiones enteramente originales del siglo XX, sino que tienen, todas ellas, precedentes más o menos lejanos, la mayoría de cuño romántico, algunos incluso anteriores. Al igual que ocurrió con otras muchas ciudades históricas españolas, fueron los viajeros románticos quienes iniciaron la valoración positiva (y a menudo idealizada) del paisaje toledano; quienes comenzaron a leer la ciudad en términos de paisaje, en el sentido moderno de la expresión; y quienes atribuyeron a este paisaje urbano significados simbólicos múltiples y profundos, además de convertirlo en una escala imprescindible del viaje por España (MUÑOZ HERRERA, 1993; ORTEGA CANTERO, 1999).

Finalmente, conviene recordar también que buena parte de las imágenes abordadas en el presente trabajo se inscribe en el seno de un horizonte cultural y territorial más amplio, que ha sido objeto de numerosos y lúcidos estudios en los últimos años: el de las visiones «castellano-céntricas» de la identidad española, y, en particular, la valoración de determinados lugares y paisajes castellanos como fuente y expresión esenciales de la identidad nacional española (PENA, 1993; FOX, 1997; MARTÍNEZ DE PISÓN, 1998; VARELA, 1999; MORALES y ESTEBAN, 2005)<sup>3</sup>. De ahí que en la conformación de Toledo como símbolo y lugar de memoria e identidad nos reencontremos con muchos de los máximos exponentes de aquella valoración, empezando por algunos de principales miembros de la generación del 98, por los fundadores y referentes centrales de la Institución Libre de Enseñanza, o por figuras muy destacadas del Centro de Estudios Históricos, sin olvidar a un geógrafo no menos destacado, como fue Manuel de Terán, estrechamente conectado con el institucionismo.

## II

### IMÁGENES DE TOLEDO EN EL NACIONALISMO LIBERAL ESPAÑOL DE LA «EDAD DE PLATA»

#### 1. HACIA LA NACIONALIZACIÓN SIMBÓLICA DEL PAISAJE TOLEDANO: IMÁGENES DE TOLEDO COMO CIUDAD MUERTA

En noviembre de 1900, José Martínez Ruiz y Pío Baroja, dos escritores jóvenes y en ciernes que se habían conocido ese mismo año, viajaron juntos a la ciudad de

<sup>3</sup> Sobre esta cuestión puede verse también la contribución del profesor Nicolás Ortega Cantero publicada en este mismo número.

Toledo, desde Madrid, «cansados», en palabras del primero, «de la monotonía de la vida madrileña» y «la barbarie (...) del industrialismo moderno, el afán de lucro y la explotación colectiva en empresas ferroviarias y bancarias» (AZORÍN, 2001). Las impresiones de aquella estancia en la capital toledana, que duró apenas cinco días, dejaron honda huella en su memoria y quedaron recogidas en varios escritos claves en la trayectoria biográfica y literaria de ambos autores, entre los que destacan el primer y único número de la revista *El Mercurio*, publicado en marzo de 1901 y dedicado enteramente a Toledo y a la figura de El Greco, así como las novelas *Camino de Perfección* (1902), de Baroja, y *Diario de un enfermo* (1901) y *La Voluntad* (1902), de Azorín.

El capítulo cuarto de esta última obra comienza justamente con la llegada del protagonista, Antonio Azorín, trasunto literario del autor, a Toledo, «una ciudad sombría, desierta, trágica, que le atrae y le sugestiona», y por la que:

«Azorín vagabundea a lo largo de sus callejas angostas, recorre los pintorescos pasadizos, se detiene en las diminutas plazas solitarias, entra en las iglesias de los conventos y observa, a través de las rejas, las sombras inmóviles de las monjas que oran» (AZORÍN; 2001, pág. 143).

Las diversas descripciones panorámicas que Baroja ofrece de la ciudad a través de los ojos de Fernando Osorio, el personaje protagonista de *Camino de Perfección*, no difieren, en modo alguno, de esa imagen, tan mortecina como sugestiva, con que la retrató su compañero de viaje y de generación:

«Al anochecer [desde la explanada del Hospital de Afuera] (escribe, por ejemplo, Baroja) aparecía Toledo severo, majestuoso; desde la cuesta del Miradero tomaba el paisaje de los alrededores un tono amarillo, cobrizo, como el de algunos cuadros del Greco, que terminaba al caer la tarde en un tinte calcáreo y cada- vérico» (BAROJA; 1993, pág. 188).

En el primer tercio del XX Toledo se convierte, en efecto, en el símbolo más notable y recurrente de la ciudad decadente española, o más aún, en un símbolo de la grandeza perdida y de la decadencia presente de España, de Castilla y, por extensión, de lo que por entonces empieza a conocerse como la ciudad histórica, en oposición a la ciudad moderna e industrial, representada, en este caso, por la cercana capital madrileña. Esta imagen literaria se apoya, bien es cierto, en un trasfondo histórico y geográfico innegable: el declive político, demográfico y económico experimentado, cuando menos a partir del siglo XVII, por una ciudad que había sido capital de la monarquía visigótica y, posteriormente, del reino islámico de Toledo, de la monarquía castellano-leonesa y

de la española. Una ciudad que comenzaba el siglo XX con poco más de 23.000 habitantes, cuando a mediados del siglo XVI, estimulada por la protección imperial de Carlos V, su población doblaba posiblemente esa cifra; cuyo perímetro edificado apenas había crecido en tres siglos; que carecía prácticamente de instalaciones industriales modernas y relevantes; cuya Universidad había sido cerrada en 1845; y que, pese a continuar siendo la sede arzobispal primada de España, o precisamente por ello, había sido golpeada contundentemente por las medidas desamortizadoras emprendidas, a lo largo del siglo XIX, por el naciente Estado liberal (que supusieron la clausura de casi la mitad de los cuarenta monasterios existentes en la ciudad y la reducción drástica de las rentas territoriales del arzobispado), así como por la segregación de las diócesis de Ciudad Real (en 1876) y Madrid-Alcalá (en 1885) (PORRES, 2001).

La imagen de la decadencia toledana contaba, asimismo, con claros antecedentes decimonónicos e incluso dieciochescos. Aparece nítidamente, por ejemplo, en la visión de Benito Pérez Galdós, que en 1870 describía el aspecto de Toledo como «el de los pueblos muertos, muertos para no renacer jamás, sin más interés que el de los recuerdos, sin esperanza de nueva vida» (PÉREZ GALDÓS, 2000); o en la del escritor italiano Edmondo de Amicis, quien, en 1873, se refería a ella como «una ciudad pobre, y más que pobre, muerta» (AMICIS, 2000). Se trata, además, de una imagen cuya proyección no es sólo española, sino más bien internacional, en la medida en que, a lo largo del siglo XIX, Toledo se había convertido, para el viajero romántico extranjero, en una suerte de «ciudad melancólica» en la que el visitante podía reflexionar sobre problemas universales, como la decadencia de los imperios o la fugacidad de las cosas materiales (MUÑOZ HERRERA, 1993). Más aún, la imagen de la ciudad muerta conforma, de hecho, un auténtico «topos» o lugar común (espacio físico, a la vez que simbólico) muy frecuentado a fines del XIX y principios del XX en la literatura europea (HINTERHÄUSER, 1980; LOZANO, 1993; FLOR, 1998; SAZATORNIL, 2003), con ejemplos tan modélicos y relevantes como la Brujas de Georges Rodenbach (*Brujas. La muerta*, 1892), o la Venecia de Maurice Barrès (*La Muerte de Venecia*, 1903) y Thomas Mann (*La muerte en Venecia*, 1913).

En la España de entresiglos, Toledo aparece como la ciudad muerta o dormida por excelencia, el lugar anclado en la historia donde el progreso no ha llegado ni parece que pueda llegar algún día. Otras ciudades históricas españolas escasamente afectadas todavía por las transformaciones urbanas modernas, en especial algunas

capitales de provincia castellanas (Ávila, Segovia, Soria), aunque también Córdoba y Santiago de Compostela, suministran arquetipos similares a la literatura de la época, pero ninguna con la intensidad de Toledo. Los puntales de esta valoración los proporcionan, sobre todo, los escritores de la generación del 98, y en particular Azorín, Baroja y, en menor medida, Valle-Inclán, que dedica a la ciudad varios pasajes de *La Lámpara Maravillosa* (1916), aunque también son destacables en este sentido otras aportaciones literarias coetáneas, como *La Catedral*, de Vicente Blasco Ibáñez (1903), o algo posteriores, como la trilogía novelística dedicada a la ciudad por el navarro Félix Urabayen Guindo, comenzada en 1920 con la publicación de *Toledo: Piedad*, continuada con *Toledo la despojada* (1924) y completada, en 1936, con *Don Amor volvió a Toledo*<sup>4</sup>.

Para todos ellos, Toledo es, sin duda, una ciudad del silencio, la quietud y el reposo, de la vida lenta y monótona pautada por el ritmo de las campanas de las iglesias y las oraciones de los conventos. Es, explícitamente, según la denomina repetidamente Azorín, «la ciudad dormida» o «la ciudad muerta (...), vetusta, silenciosa, inhabitada»; «la ciudad de la muerte», como la califica un personaje barojiano; una «vieja ciudad alucinante» (escribe Valle) cuyas ruinas exhalan «una impresión de polvo, de vejez y de muerte», «a modo de un sepulcro que guarda en su fondo huesos heroicos recubiertos con el sórdido jirón de la mortaja», y que «es tan angustioso para los ojos como lleno de encanto para la memoria» (VALLE-INCLÁN; 1993, págs. 135-140). Y constituye también un lugar donde se puede escapar y encontrar un refugio temporal frente a los males de Madrid, que simboliza el presente, la ciudad moderna, del llamado progreso, del industrialismo y del capitalismo, contemplados (según veíamos claramente en Azorín) como signos de una «nueva barbarie», tanto en el plano estético como en el social y moral, y hacia la que los escritores del 98 expresan un rechazo frontal.

Pero además, para Azorín y Baroja el viaje que ambos efectuaron a Toledo en el otoño de 1900 revestía un

carácter patriótico, iniciático y, *a posteriori*, fundacional en la andadura de esta generación, equiparable a la visita de homenaje que, en febrero del año siguiente, esos mismos escritores organizarían a la tumba de Larra en Madrid (MARTÍN, 2000). Toledo simboliza, en este sentido, la ciudad donde reposa la tradición, donde duerme la gloria del pasado castellano y donde explorar el ser histórico de España a través del recuerdo de algunas figuras claves (como El Greco, Alonso Cano o Santa Teresa de Jesús), representativas, para aquellos autores, de una energía espiritual perdida, pero que consideran necesaria para renovar culturalmente la España presente, abúlica y decadente. La visita a Toledo, como escenario idóneo en el que evadirse del presente y evocar el pasado del país, se inscribe así en un proyecto concreto de regeneración nacional que no excluye la decepción ni la crítica, acerada en ambos autores, de los males actuales de la ciudad provinciana, con su conservadurismo exasperante y su falsa religiosidad; de una ciudad que había dejado de ser, según Baroja, «la ciudad mística soñada» por ellos (BAROJA; 1993, pág. 176), y que Urabayen (particularmente mordaz con las fuerzas sociales toledanas, entre las que la Iglesia seguía siendo protagonista) llegará a calificar como «la ciudad de las momias» (URABAYEN; 1936, pág. 107).

De su paso por Toledo dejaron, en fin, estos escritores descripciones paisajísticas notables, donde los elementos objetivos, concretos y reconocibles (calles, plazas, paseos, iglesias, conventos, edificios civiles, cafés, hoteles, miradores o simplemente obras de arte), se mezclan con la capacidad de captar las sensaciones que transmite la ciudad en los personajes, esto es, con la habilidad de aprehender el paisaje, según la conocida idea de Amiel, como «un estado del alma». Y dejaron también, especialmente en el caso de Azorín, pasajes antológicos para entender el pensamiento noventayochista y su modo particular de interpretar el paisaje, como fuente y expresión de una identidad colectiva y como una realidad cultural estrechamente imbricada con la historia, la literatura, el arte y el carácter de los habitantes:

«La enorme campana de la catedral suena diez campanadas que se dilatan, solemnes, por la ciudad dormida (escribe el autor de *La Voluntad*, “situado” en el café toledano de Revuelta). Y Azorín, mientras toma una copa de aguardiente (...) reflexiona en la tristeza del pueblo español, en la tristeza de este paisaje: (...) Es triste el paisaje y es triste el arte. Paisaje de contrastes violentos, de bruscos cambios de luz y sombra, de colores llamativos y reverberaciones saltantes, de tonos cegadores y hórridos grises, conforma los espíritus en modalidades rígidas y los forja con aptitudes rectilíneas, austeras, inflexibles (...). La mentalidad, como el paisaje, es clara, rígida, uniforme, de un aspecto

<sup>4</sup> Félix Urabayen Guindo (1883-1943), hermano del geógrafo e historiador Leoncio Urabayen, fue catedrático de la Escuela Normal de Magisterio de Toledo entre 1911 y 1936, y director de la misma entre 1932 y 1936. Amigo personal de Azaña, ocupó un cargo de vocal en el Consejo de Cultura en el gobierno de la II República entre 1936 y 1939. Abandonó Toledo al estallar la Guerra Civil, al término de la cual fue detenido y encarcelado en Madrid, situación en la que permaneció hasta noviembre de 1940. Buen paisajista, su obra literaria se ambienta principalmente en tierras navarras y, sobre todo, en la ciudad de Toledo, a la que dedicó numerosos escritos, además de la trilogía señalada. Sobre la obra toledana de Urabayen, véase BARRERO (2000) y MATA (2000).

único, de un solo tomo. Ver el adusto y duro panorama de los Cigarrales de Toledo es comprender los retorcidos personajes del Greco, como ver los maciegales de Ávila es comprender el ardoroso desfogue lírico de la gran Santa y ver Castilla entera con sus llanuras inacabables y sus rapadas lomas es percibir la inspiración que informara nuestra literatura y nuestro arte (...) Entre una página de Quevedo y un lienzo de Zurbarán y una estatua de Alonso Cano, la correspondencia es solidaria. Y entre esas páginas, esos lienzos, esas estatuas y el paisaje castellano de quebradas bruscas y páramos inmensos, la afinidad es lógica y perfecta» (AZORÍN; 2001, págs. 147-150).

## 2. DE LA CIUDAD-MUSEO A LA MIRADA GEOGRÁFICA MODERNA: COSSÍO, BERUETE, TERÁN

La visión de Toledo como «ciudad compendio» conforma otra de las imágenes simbólicas más poderosas del primer tercio del siglo pasado, aunque también tiene precursores notables. Se apoya, asimismo, en una realidad material indudable (la antigüedad y la riqueza artística y monumental de la ciudad) y ofrece, a su vez, modalidades diversas, entre las que destaca la consideración de Toledo como una suerte de panóptico, museo o archivo de la historia y el arte de España, idea ya expresada claramente por algunos escritores decimonónicos. En esta línea cabe señalar, por ejemplo, los testimonios de la francesa Joséphine de Brinckmann, que visita la ciudad en 1849 y, contemplándola desde el campanario de la catedral, la compara con «un curso de historia que nos conduce a hacer tristes reflexiones sobre la nada de las cosas de este mundo» (BRINCKMANN, 2001; pág. 157); de Gustavo Adolfo Bécquer, que, en 1862, describía las ruinas diseminadas en una plaza de la ciudad «formando capas en las cuales hubiera sido fácil seguir un curso de geología histórica» (BÉCQUER, 1995-1996; pág. 188); de Galdós, para quien «Toledo es una historia de España completa» (PÉREZ GALDÓS, 2000); o de Pascual Madoz, que en 1849 define la ciudad como «un vasto archivo de recuerdos, un honroso panteón de nuestras glorias» que «sólo inspira respeto y admiración al viajero que contempla aquellas ruinas suntuosas, su perdida grandeza y su pasado poderío» (MADOZ, 1987, II; pág. 369).

Pero el gran artífice, promotor y divulgador de esta idea, de importantes consecuencias en los inicios de la patrimonialización y el desarrollo turístico de Toledo, sería Manuel Bartolomé Cossío, una de las figuras fundamentales de la Institución Libre de Enseñanza<sup>5</sup>. Cos-

<sup>5</sup> Manuel Bartolomé Cossío (1857-1935) fue alumno y profesor de la ILE desde su fundación, en 1876, y director, desde 1883, del Museo Pedagógico de

sío sintió por Toledo una pasión intensa y continuada que le llevó repetidamente allí, en innumerables excursiones, bien como profesor de la ILE<sup>6</sup>, bien como guía de otros ilustres visitantes, bien, en fin, como estudioso del arte, y en especial de la figura de El Greco, que contribuyó a redescubrir y del que escribió una monografía pionera y esencial (COSSÍO, 1908). Desde el decenio de 1880, Cossío fue publicando diversos escritos sobre la ciudad que culminó en un texto titulado «El arte en Toledo», fechado en 1905 (COSSÍO, 1929), que aparecería en diversos medios y que tendría amplia difusión entre los visitantes de la ciudad a partir de su edición por la Comisaría Regia de Turismo, como parte de un folleto más amplio, de carácter excursionista, publicado numerosas veces en los decenios de 1910 y 1920 (COSSÍO, 1925)<sup>7</sup>, así como de su inclusión en la *Guía Oficial* dirigida por José Polo Benito, aparecida, por primera vez, en 1926 (BENITO; 1928, págs. XXVII-LXIV)<sup>8</sup>. A efectos de nuestro tema de estudio, el texto de Cossío, resulta en muchos sentidos antológico.

Cossío ve en Toledo «la ciudad que ofrece el conjunto más acabado y característico de todo lo que han sido la tierra y la civilización genuinamente españolas. Es el resumen más perfecto, más brillante y más sugestivo de la historia patria», por lo que, en su opinión, «el via-

Primera Enseñanza (poco después convertido en Museo Pedagógico Nacional), cargo que desempeñaría hasta su jubilación en 1929 y que simultanearía con otros puestos y tareas. En 1904 obtuvo la cátedra de Pedagogía Superior de la Universidad de Madrid y en 1915 sucedió a Francisco Giner de los Ríos al frente de la ILE. Sobre la figura de Cossío, véase, por ejemplo, OTERO URTAZA (1994) y PORTÚS y VEGA (2004).

<sup>6</sup> Las excursiones de la ILE a Toledo comenzaron en 1879. Como han señalado algunos autores, los impulsores de la Institución sintieron por Toledo una «devoción» sólo comparable a su atracción por la Sierra de Guadarrama (CACHO, 1962, págs. 503-504; PORTÚS y VEGA, 2004, págs. 36-38). En el prólogo de su libro sobre El Greco, Cossío afirma que fueron Juan Facundo Riaño y José Fernández Jiménez (amigos personales de Giner de los Ríos) quienes le enseñaron, en sus años de juventud, a «ver Toledo, y en Toledo, al Greco» (COSSÍO; 1908, págs. X-XI). En 1888, como director de excursiones de la ILE, Cossío eligió Toledo como destino de la primera de las llamadas «excursiones públicas» (es decir, abiertas al público) organizada por la Institución, que dirigió junto con el propio Giner (ORTEGA CANTERO; 2001, págs. 176-181).

<sup>7</sup> La primera edición de dicho folleto de cuya existencia tengo constancia, fechada en 1913, lleva por título *Excursión a Toledo: itinerario de viajes populares*. El folleto fue traducido y editado varias veces en francés en los años 20 del pasado siglo por parte de la propia Comisaría. La edición que yo he manejado data de junio de 1925 (COSSÍO, 1925).

<sup>8</sup> En esta *Guía*, que subvencionaron la Comisaría Regia y luego, el Patronato Nacional de Turismo, el texto sobre «El arte en Toledo» de Cossío, acompañado de un itinerario artístico muy similar al incluido en el folleto excursionista indicado, fue publicado bajo el significativo título de «Toledo: Museo de España». La *Guía* tuvo una segunda edición en 1927 y una tercera (que se ha manejado aquí) en 1928. El texto se publicó también el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* (1925, t. XLIX, n° 785; págs. 245-250 y 280-286).

jero que disponga de un solo día en España debe gastarlo sin vacilar en ver Toledo» (Cossío; 1929, págs. 296-297). Y en apoyo de esta tesis expone los siguientes argumentos:

«1. Toledo expresa del modo más perfecto la compenetración de los dos elementos capitales de nuestra historia nacional, el cristiano y el musulmán, nota la más saliente y original, tal vez, que, entre todos los demás pueblos europeos, caracteriza al español (...).

2. Ninguna otra ciudad posee la espléndida e inagotable serie de monumentos arquitectónicos de casi todas las edades y que convierten a Toledo entero en un museo, donde puede seguirse casi por completo la historia del arte; pero en especial, y aquí está lo importante, el estudio de los rasgos que han de estimarse originales del arte genuinamente español en todas sus manifestaciones.

3. En ningún centro como en Toledo se ha acumulado y se conserva tan enorme masa de riquezas y joyas artísticas de todos órdenes y épocas (...).

4. Muy difícil es encontrar en parte alguna ciudad, en conjunto, más pintoresca que Toledo, donde, a una excepcional situación topográfica, se junta, sobre todo, el espectáculo fiel de lo que debió de ser nuestro pueblo más popular y más aristócrata y lujoso, con sus innumerables iglesias y conventos, sus viviendas góticas, mudéjares y platerescas, sus empinados y estrechos callejones: el cuadro real, casi vivo y casi intacto, en suma, de sus épocas de esplendor y grandeza.

5. El paisaje de Toledo resume los accidentes geográficos más típicos de las altas mesetas castellanas: la vasta, despoblada y árida llanura, donde alterna la estepa con la roja tierra de labor (*la Sagra*), finamente modelada por los grises cerros terciarios y suavemente surcada por el río, que avanza tranquilo en clásico meandro, bordeado de huertas y alamedas; y la abrupta y dura sierra arcaica, con sus piedras caballeras, sus encinas, su tomillo y romero, sus colmenares, sus huertos de frutales, dondequiera que asoma el agua (*cigarrales*), y a la cual (...) rompe con violencia el Tajo, que forma en Toledo una de las hoces más admirables de la geografía de nuestra Península» (Cossío; 1929, págs. 297-299).

De Cossío parten, o en Cossío confluyen, por otro lado, algunas de las restantes imágenes simbólicas de la ciudad enumeradas a comienzos de este estudio y que en ciertos autores adquieren una entidad y un desarrollo propio que no hay lugar a detallar aquí. Me refiero a las visiones de Toledo como «ciudad puente o encrucijada»; de Toledo como «ciudad de El Greco»; y de Toledo como «simbiosis de naturaleza y cultura».

La primera de estas imágenes, la de Toledo como ciudad puente o encrucijada, en diferentes sentidos (encrucijada de civilizaciones; ejemplo, durante algunos siglos, de convivencia y sincretismo de religiones; puente cultural y geográfico entre el mundo mediterráneo y el estrictamente continental o interior, así como entre Portugal y España y entre Oriente y Occidente), será parti-



FIG. 1. Retrato de Manuel Bartolomé Cossío, por Joaquín Sorolla, 1908 (Nueva York, Hispanic Society of America).

cularmente querida y cultivada por otros dos insignes intelectuales liberales de la época: Gregorio Marañón, asiduo visitante de la ciudad, a la que dedica, entre otros escritos, su obra más conocida (*Elogio y nostalgia de Toledo*, publicada por primera vez en 1941); y Américo Castro, personalidad destacada del Centro de Estudios Históricos y vinculada, por esta vía, al institucionismo, quien también visitó reiteradamente la ciudad y acuñó posiblemente allí su teoría de lo español como «coexistencia o conflicto de árabes, cristianos y judíos», desarrollada en su influyente ensayo *España en su historia. Cristianos, moros y judíos*, que vio la luz en 1948 (VARELA; 1999, págs. 238-237 y 259-292).

En segundo lugar, Cossío representa también un referente imprescindible en la valoración de Toledo como «ciudad de El Greco», artista cuya faceta paisajista reivindicó y trató de recuperar el pintor Aureliano de Beruete, otra de las figuras más distinguidas del círculo institucionista (PENA, 1983 y 1993; MARÍN, 1988). Socio fundador de la ILE y profesor de pintura de paisaje en este centro, Beruete visitó repetidamente Toledo desde 1876 hasta el año de su muerte, en 1912. Entre 1893 y 1911 efectuó todos los años, por lo común a comienzos del otoño, una estancia mensual en la ciudad. A ésta dedicó Beruete un centenar largo de cuadros, convirtiéndola, junto a Madrid y sus alrededores, en el motivo central de su extensa obra pictórica y contribuyendo decisiva-

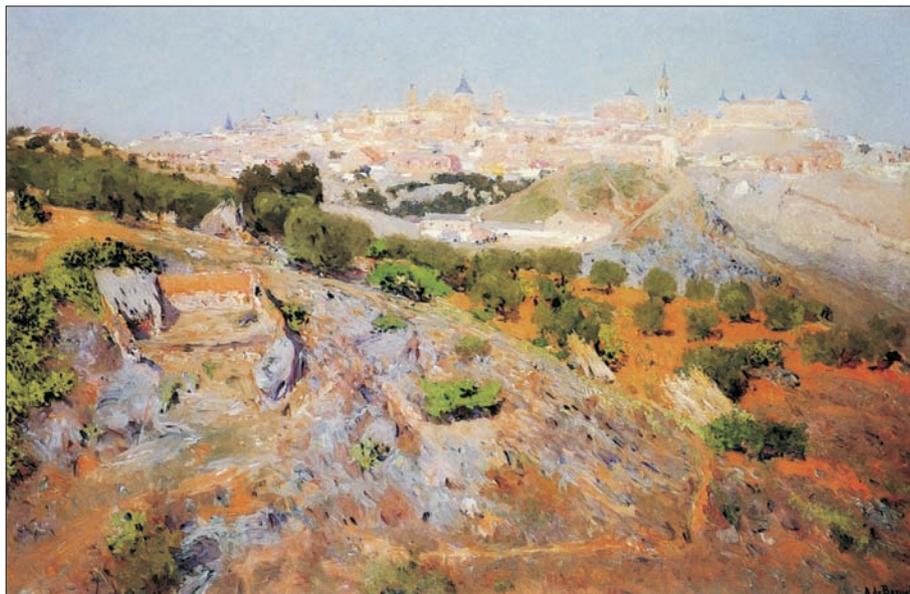


FIG. 2. Vista de Toledo desde los Cigarrales, por Beruete, 1906 (Colección particular, Madrid).

mente a divulgar la imagen de la misma a través de las múltiples exposiciones nacionales e internacionales de pintura en que participó.

La «rehabilitación» de la figura de El Greco, en la que, junto a los institucionistas, participaron también activamente los escritores del 98 y ciertos pintores (como, muy especialmente, Ignacio Zuloaga, Joaquín Sorolla y Santiago Rusiñol) y críticos de arte (como el alemán Julius Meier-Graefe), forma parte indisoluble de la progresiva admiración por Toledo y está cargada de argumentos y repercusiones de tipo paisajístico. En su famoso estudio monográfico, que se tradujo a varios idiomas, Cossío analiza la influencia que la ciudad del Tajo ejerció en el pintor cretense, que juzga determinante en múltiples sentidos, al punto de que ambos llegaron a formar un todo compenetrado: Toledo, con su ambiente grave, serio, melancólico, cargado de misticismo, habría españolizado la pintura de El Greco, y éste, a su vez, se habría convertido en la «expresión quintaesenciada del espíritu español» (BROWN; 1982, pág. 22), llegando a «eternizar en sus lienzos el cielo, el paisaje, la raza y las leyendas de Castilla» (Cossío, 1908).

En parecido sentido, Azorín, ahondando en una reflexión del crítico francés Zacharie Astruc, nos dice que «lógicamente, amando Toledo, se habría de amar al Greco, que es como su alma, su luz» (AZORÍN, 1971; pág. 108). Y Maurice Barrès, que visita la ciudad en 1892 y 1902 (la segunda de estas fechas en compañía de Beruete), utilizará los cuadros del artista, a quien califica de «pintor del alma», como clave para descifrar la

esencia (o, en sus propias palabras, «el secreto») de Toledo; clave con la que podía, según el escritor, definirse el carácter español: «la tendencia a la exaltación del sentimiento» (BARRÈS, 1942; págs. 117-188). En el marco de una concepción nacionalista y esencialista de la historia ampliamente extendida en la Europa de la época, algunos de los autores citados, empezando por los institucionistas, contribuyeron, pues, de forma decisiva, a la «hispanización» de la figura del pintor cretense, conectándolo directamente con la obra de Velázquez y situándolo entre los máximos inspiradores y representantes de una «escuela española de pintura» que, de acuerdo con tales interpretaciones, alcanzaría su punto culminante en el siglo XVII (STORM, 2003; PORTÚS y VEGA, 2004)<sup>9</sup>.

Finalmente, el legado de Cossío y del institucionismo están presentes también en la imagen de Toledo como «simbiosis de naturaleza y cultura», esto es, en la valoración del paisaje toledano como un conjunto unita-

<sup>9</sup> Eric Storm ha analizado el proceso de «nacionalización» de El Greco como parte de un proceso más amplio de nacionalización de la cultura iniciado en el siglo XIX (STORM, 2004). Como ha mostrado este autor, la reivindicación del carácter español de la figura de El Greco estuvo salpicada de polémicas e incluso de conflictos entre las diferentes concepciones de lo nacional, expresados de manera significativa con ocasión del tercer centenario de la muerte del artista, en abril de 1914. Los actos relacionados con esta efeméride, celebrados casi íntegramente en Toledo, fueron capitalizados por las fuerzas tradicionales y conservadoras (reales academias, autoridades locales y clero), en medio de la ausencia o de la indiferencia general de los sectores más liberales y progresistas, representados únicamente por Cossío.



FIG. 3. Vista general de Toledo, desde el sur, reproducida en la *Geografía Universal* del Instituto Gallach. Fotografía del Arxiu Mas y Rodríguez. VALLS TABERNER (1929).

rio y armoniosamente trabado por las condiciones naturales y la capacidad creadora del hombre. Dicha valoración impregna, por lo pronto, las representaciones de la ciudad que subrayan lo pintoresco de su emplazamiento, sobre un promontorio roqueño recortado y definido por el meandro encajado del Tajo, y que se incorporan como lugar común, sobre todo desde finales del siglo XIX, en las descripciones geográficas y viajeras de la ciudad, así como en la iconografía turística, a modo de panorama introductorio y en buena medida canónico<sup>10</sup>.

Desde un punto de vista filosófico, este tipo de valoración está presente también en las páginas que José Ortega y Gasset dedicó a Toledo en 1921. Ortega ve en Toledo un ejemplo claro de lo que él llamaba «el triunfo de la razón topográfica», esto es, la adaptación de la lógica urbanística y arquitectónica, e incluso de las actividades en aquel momento dominantes en la ciudad (la religiosa y la militar), «a los relieves del suelo» (ORTEGA Y GASSET, 2006). Y en el plano de la geografía moderna, esa imagen de la simbiosis entre naturaleza y cultu-

ra, o entre naturaleza e historia, vertebró el estudio que a fines de los años 1940 dedicó a la ciudad otra figura notable conectada con el institucionalismo, Manuel de Terán. Me refiero al trabajo *Toledo. Estudio de geografía urbana*, fechado en 1949, que Terán presentó como investigación a la oposición a la cátedra de geografía de la Universidad de Madrid, y que permaneció inédito en el Archivo General de la Administración hasta que Daniel Marías lo redescubriera y editara recientemente, en una antología publicada por la Academia de la Historia (TERÁN, 2004).

Se trata, por lo pronto, del primer estudio geográfico moderno de Toledo, pues las referencias anteriores procedentes de esta disciplina se limitan, bien a reseñas breves (caso, por ejemplo, de la *Géographie Universelle* de Elisée Reclus, cuyo capítulo sobre España se publica en 1876; de la *Geografía de España* de Leonardo Martín Echeverría, de 1928; o de la *Geografía Universal* publicada por el Instituto Gallach a partir de 1928, en la que colaboró el propio Terán)<sup>11</sup>; bien a descripciones centradas en los aspectos artísticos y monumentales (caso, por ejemplo, de las geografías de gran formato editadas, en los últimos decenios del XIX o en los primeros del XX, por las editoriales barcelonesas Montaner y Simón y Alberto Martín, profusamente ilustradas)<sup>12</sup>; bien,

<sup>10</sup> En realidad, y como han señalado Dolores Brandis e Isabel del Río, la vista general de la ciudad desde el lado sur, donde el promontorio sobre el que se asienta Toledo y el encajamiento del Tajo se perciben mejor, tenía una larga tradición iconográfica, remontable al *Civitates orbis terrarum* de Georg Braun y Franz Hogenberg (cuyo primer volumen, publicado en 1572, incluye una vista de Toledo). Fue también, con algunos matices, la imagen favorita entre los artistas románticos y, desde los inicios del turismo moderno, «la más reproducida en las guías y la que mejor se identifica con la ciudad histórica», en la medida en que, sobre todo a lo largo del siglo XX, otro tipo de panorámicas, como las tomadas desde el norte, podían poner «en evidencia el crecimiento de la ciudad, que deteriora su belleza y resta singularidad al conjunto» (BRANDIS y DEL RÍO, 2006, pág. 214).

<sup>11</sup> Terán se ocupó, precisamente, del capítulo sobre Castilla la Nueva, que ha sido considerado su primera publicación de carácter geográfico (TERÁN, 1929).

<sup>12</sup> A modo de ejemplo, sirva señalar el tratamiento dado a la ciudad en la *Nueva Geografía Universal* de Louis Vivien de Saint-Martin *et al.*, publicada

en fin, a los trabajos llevados a cabo por algunos geólogos y geógrafos naturalistas en el primer tercio del siglo XX (caso de Eduardo Hernández-Pacheco, de Juan Carandell y de Joaquín Gómez de Llarena, entre otros), las cuales, aunque modernas en su metodología, se dedican casi exclusivamente a resolver el problema del origen del meandro encajado del Tajo, sin atención a otros aspectos naturales o humanos (LÓPEZ GÓMEZ, 1946).

Frente a tales aproximaciones parciales o sesgadas (ya en un sentido naturalista, ya en el artístico y monumental), el Terán que interpreta y analiza Toledo lo hace, en cambio, con un sentido geográfico integrador y plenamente moderno, es decir, como

«superposición de dos paisajes: el peñón de piedra que tajan las aguas del río caudaloso (...) y el coronamiento monumental que hace la ciudad» (TERÁN, 2004, pág. 162).

Más aún, Toledo constituye para Terán una suerte de paisaje modélico que remite a una forma de relación entre el hombre y el medio físico cargada de valor espiritual. Frente a «la moderna ciudad de acero y cemento», que «supone una radical mutación del paisaje, en la que lo que era originariamente natural ha sido eliminado», Terán ve en Toledo la expresión canónica de un tipo de «paisaje humanizado», el de la ciudad medieval, en que

«la naturaleza, incompletamente transformada, se convierte de forma expresiva en un valor moral, con lo que aquella humanización resulta ser de un orden más elevado y perfecto».

Se trata, insiste más adelante, de «una forma perfecta y definida de paisaje humanizado», «en el que ciudad y roca se confunden» y que es «viva concreción de campos y sierras» (TERÁN, 2004, págs. 161-162 y 236-237). Un paisaje, en suma, «en que se superponen y componen ciclos de erosión geológica y de actuación histórica, y en el que un nuevo ciclo se afana por destruir las formas del pasado para edificar las propias formas» (TERÁN; 2004, pág. 255).

«Un meandro del Tajo cavado en roca viva aísla y define en el curso del río una forma topográfica de señalada originalidad, y

sobre ella, ciclos de historia han concentrado en densa y apretada estratificación potentes espesores de vida espiritual» (TERÁN; 2004, pág. 162).

La estructura y el contenido del estudio que Terán dedicó a Toledo revelan bien esa intención explícita de partida de centrar la atención en las interacciones entre naturaleza e historia, especialmente evidentes en los apartados I y II, dedicados a los factores de situación y emplazamiento de la ciudad (TERÁN; 2004, págs. 171-184). En ellos el autor indaga, por ejemplo, en la importancia del peñón como factor que ha fijado decisivamente el emplazamiento de Toledo («por sus excepcionales ventajas desde el punto de vista defensivo») y destaca la localización de los dos puentes históricos de la ciudad (el de Alcántara y el de San Martín) en los extremos del meandro del Tajo (donde la profundidad del foso es mayor y la anchura, reducida, permite una economía en la longitud del tramo). En otro lugar, y en esa misma línea de razonamiento, demuestra las conexiones entre la organización del callejero medieval y la base topográfica formada por la red de torrentes y vaguadas (TERÁN, 2004, págs. 233-234). El cuerpo central del estudio (apartados III-VI) se ocupa de analizar, de acuerdo con el enfoque diacrónico característico de la geografía moderna, la evolución del paisaje urbano toledano a lo largo de la historia, desde el primer poblamiento de la ciudad hasta el momento actual, para concluir, en el apartado VII, con una breve «estampa» donde reflexiona sobre la peculiar fisionomía del callejero y reivindica, en la línea de Barrès y de Marañón, el carácter oriental y mediterráneo de la ciudad.

Más allá de los contenidos y de las referencias explícitas en el texto, la elección de la ciudad toledana y el planteamiento general del autor, sustanciado a comienzos del trabajo, reflejan de manera evidente la huella del institucionalismo, que Terán había conocido y abrazado como parte sustancial de su acervo a partir de su colaboración en el Centro de Estudios Históricos y, sobre todo, de su experiencia como profesor del Instituto-Escuela de Madrid, desarrollada, con algunos paréntesis, entre 1923 y 1936 (QUIRÓS, 1999). El idealismo y el espiritualismo genuinos de los institucionalistas, con raíces en el krausismo, y la influencia intelectual de Cossío, de la que el autor dejó constancia en los apuntes preparatorios de este estudio (TERÁN, 2004, pág. 239), impregnan la interpretación teraniana del paisaje toledano, representativa, al mismo tiempo, de la metodología característica de la primera geografía urbana moderna (QUIRÓS, 2004). De dicha interpretación puede decirse, en cierto modo, que supone la prolongación y

---

por Montaner y Simón entre 1881 y 1883; el *Atlas Geográfico ibero-americano de España. Descripción geográfica y estadística de las provincias españolas*, obra de Manuel Escudé, de la editorial Alberto Martín (ca. 1901); la *Nueva Geografía Universal. Los países y las razas*, publicada por Montaner y Simón (1911-1917); o la *España regional* de la casa Alberto Martín (1913-1919), cuyos volúmenes descriptivos fueron redactados por Ceferino Rocafort y Casimiro Dalmau. Salvando las distancias, tampoco cabe considerar moderno el extenso artículo dedicado a la ciudad dentro del *Diccionario de Madoz*, donde prevalecen el inventario enciclopédico y exhaustivo de los edificios civiles y religiosos y los apartados de carácter histórico (MADOZ, 1987).

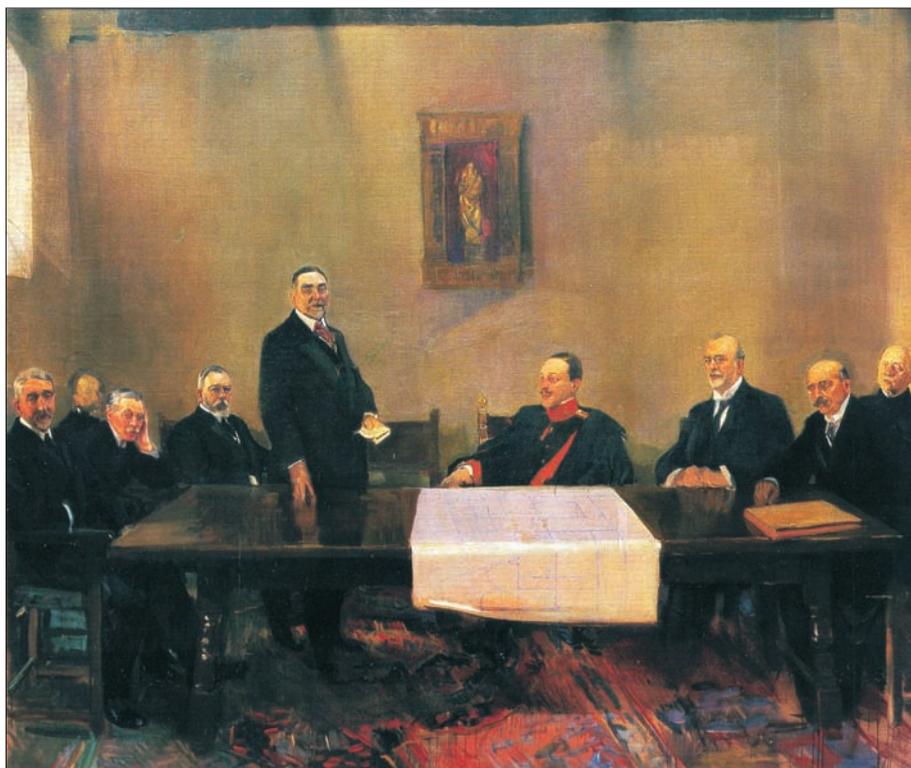


FIG. 4. Junta del Patronato de la Casa Museo de El Greco, por Sorolla, ca. 1910-1920 (Nueva York, Hispanic Society of America). De izquierda a derecha, figuran Manuel Bartolomé Cossío, Aureliano de Beruete, José Ramón Melida (de la Academia de Bellas Artes de San Fernando), Joaquín Sorolla, el Marqués de la Vega-Inclán, el rey Alfonso XIII, Archer Huntington (fundador de la Hispanic Society of America), Jerónimo López de Ayala, Conde de Cedillo (de la Academia de la Historia), y José Villegas (director del Museo del Prado).

la traducción al lenguaje de la geografía moderna de la aspiración expresada medio siglo antes por el célebre pedagogo, en sus años «de continuo aprendizaje por Toledo (...), trabajando por descubrir la íntima compenetración local de arte y naturaleza» (Cossío; 1908, págs. XII-XIII).

### III SOBRE LOS ORÍGENES DE LA PATRIMONIALIZACIÓN Y DEL DESARROLLO TURÍSTICO DE TOLEDO

Todas esas imágenes simbólicas que hemos ido repasando en el apartado anterior favorecieron la patrimonialización de Toledo y su conversión en destino turístico a lo largo de la primera mitad del XX. Entre ellas, las de la ciudad compendio, la ciudad encrucijada y la ciudad del Greco, difícilmente dissociables y hábilmente combinadas, como se ha visto, en el pensamiento de Cossío, jugarán inicialmente un papel esencial, en tanto en cuanto van a ser recogidas y encauzadas, en el plano institucional, por un personaje clave en los inicios de la promoción turística de España: Benigno de la Vega-Inclán y Flaquer, Marqués de la Vega-Inclán

(TRAVER, 1965). Amigo y admirador de Cossío, Vega Inclán compartió con éste su pasión por El Greco y asumió las interpretaciones del institucionista sobre la obra de El Greco como síntesis y esencia de la identidad española. Ese entusiasmo estimulado por Cossío llevó al Marqués a crear, sobre una finca adquirida por él mismo en 1906, la Casa Museo de El Greco en Toledo, inaugurada en junio de 1910, que Vega Inclán costeó de su propio bolsillo y cedió gratuitamente al Estado, con la idea de constituir un museo más amplio de la pintura española. Aunque este último proyecto no llegara a realizarse, el edificio se convirtió rápidamente en un exitoso reclamo turístico-cultural y propició el nombramiento del Marqués al frente de la Comisaría Regia de Turismo y Cultura Artística Popular, creada en 1911 por el gobierno de José Canalejas, en la que Vega-Inclán permaneció hasta que, en 1928, el organismo fue suprimido y sustituido por el Patronato Nacional de Turismo.

En el contexto de una «Grecomanía» de alcance internacional, la apertura de la Casa Museo de El Greco (complementada poco después con la restauración de la Sinagoga del Tránsito, impulsada por Vega-Inclán y acometida, en 1911, por el Patronato de la citada Casa Museo) repercutió de manera notable no sólo en la pro-

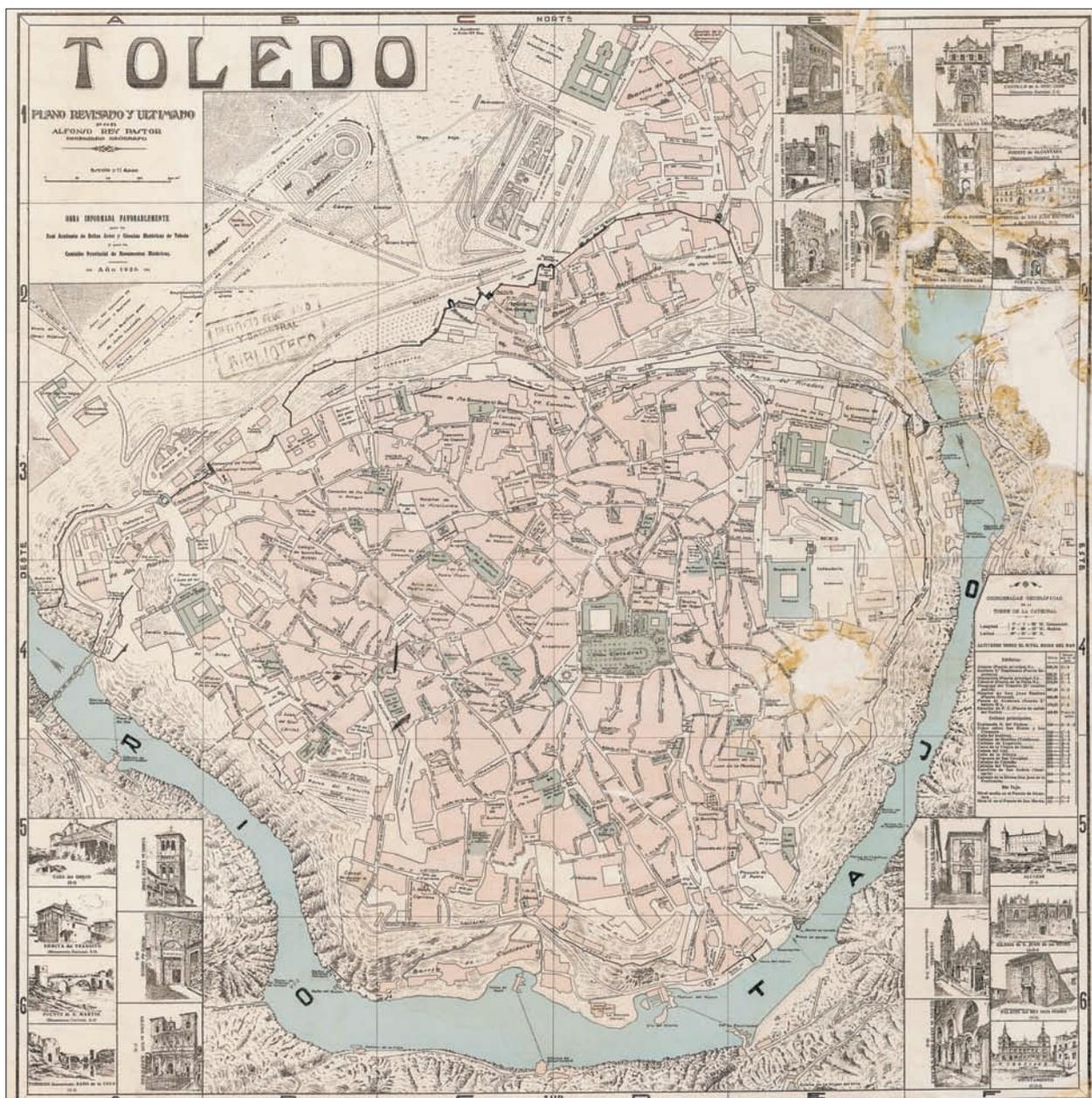


FIG. 5. Plano de Toledo a escala 1:4.000, revisado y ultimado por el ingeniero geógrafo Alfonso Rey Pastor, en 1926, e informado favorablemente por la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo y por la Comisión Provincial de Monumentos Históricos. Dimensiones: 43 × 43 cms. El autor del plano ha destacado con color gris los museos y monumentos más relevantes de la ciudad, de acuerdo con una finalidad turística que queda también de manifiesto, de forma aún más clara, en las 27 vistas en miniatura que orlan el plano (y que incluyen los monumentos nacionales declarados hasta la fecha). Reproducido con permiso del Instituto Geográfico Nacional.

moción turística de Toledo, sino también en la del conjunto del Estado. En apoyo de esa tesis, el primer estudio moderno sobre el turismo en Toledo, obra de Santiago Camarasa, comenzaba con una telegráfica, a la vez que expresiva, asociación de ideas:

«Turismo español: Toledo; y turismo toledano: Greco. (...) Porque si Toledo es la base del Turismo nacional, el Greco es la base del turismo toledano» (CAMARASA, 1927; págs. 11 y 23).

El mismo estudio trataba de demostrar con cifras el impacto decisivo que había supuesto la puesta en mar-

cha de la Casa Museo, que la historiadora Ana Moreno ha considerado, por su concepción innovadora y sus estrategias de comercialización, como «el primer negocio turístico-cultural privado de la España moderna» (MORENO; 2004, pág. 207). Si en 1909 el número de visitantes anuales de Toledo se aproximaba al millar (cifra sin duda modesta si se tiene en cuenta la cercanía de la capital madrileña y el hecho de que desde 1858 la ciudad estaba conectada con Madrid por ferrocarril), en 1913 (tres años después de la inauguración de la citada Casa-Museo) ese número había subido a 40.000 y en 1925 se cifraba en cerca de 116.000, de los que un tercio aproximadamente llegaba ya en automóvil (CAMARASA, 1927, págs. 25-27).

De ser un autor durante mucho tiempo preterido, olvidado e incluso maldito, El Greco se convirtió, desde el decenio final del XIX y sobre todo en el primer tercio del XX, en uno de los principales reclamos y señas de identidad para la patrimonialización y el impulso turístico de la ciudad. Las actuaciones restauradoras y museísticas que anteriormente se han mencionado tuvieron, por otra parte, una eficaz labor de acompañamiento a través de la propaganda de los primeros organismos oficiales estatales destinados al fomento del turismo, empezando por la Comisaría Regia de Turismo. Al frente de la misma, el Marqués de la Vega-Inclán convirtió en costumbre las visitas oficiales a Toledo del rey Alfonso XIII acompañando a los principales dignatarios extranjeros de paso por España, y promovió la edición por diferentes medios de los trabajos de Cossío.

Como ya se mencionó, su estudio sobre arte en Toledo, acompañado de un itinerario diseñado por el propio Cossío, fue reeditado varias veces como folleto por la Comisaría Regia de Turismo (Cossío, 1925) e incorporado, con un nuevo título, a la primera *Guía oficial* de la ciudad (POLO, 1928), en la que colaboró el propio Vega-Inclán<sup>13</sup>. Traducido a otros idiomas, el citado folleto se convirtió en una pequeña guía excursionista que

tuvo amplia difusión y en la que es patente el peso otorgado a todos aquellos museos, conventos, iglesias, etc que atesoraran alguna huella del pintor cretense, con independencia de otros valores. El itinerario marcado por «los Grecos» existentes en Toledo configuró sin duda, desde este momento, uno de los «hilos de Ariadna» preferidos para conducir a los visitantes por el laberíntico trazado de la ciudad, de acuerdo con una estrategia que anticipa un tipo de producto turístico muy frecuentado hoy día: el de los itinerarios literarios o artísticos trazados sobre la base de la obra de un autor de relevancia nacional o internacional.

Con El Greco erigido en principal reclamo cultural y turístico, la «museización» de la «ciudad-museo» española por excelencia cobraría rango institucional. En los primeros decenios del siglo XX Toledo asiste, en efecto, a una inusitada multiplicación de declaraciones legales de carácter monumental, frecuentemente más simbólicas que efectivas, pero en todo caso decisivas a efectos de consolidar una determinada imagen paisajística de la ciudad. A los siete edificios que habían sido declarados monumentos nacionales en Toledo a lo largo del último tercio del XIX, empezando, en 1874, por el Castillo de San Servando (en las afueras del recinto urbano)<sup>14</sup>, entre 1900 y 1936 se sumarán otros veintiocho, cuya lista sería prolijo enumerar<sup>15</sup>. Entre esa auténtica «fiebre» de declaraciones, merece resaltarse la orden de 21 de diciembre de 1921 del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, que otorgó la categoría de monumentos nacionales a las murallas, torres, puertas y puentes históricos de la ciudad<sup>16</sup>, con las afecciones urbanísticas que ello comportaba. Con posterioridad a la Guerra Civil, que tuvo, como veremos, importantes efectos materiales y simbólicos en Toledo, llegaría otra disposición enormemente significativa en el proceso de patrimonialización de la ciudad: el decreto de 9 de marzo de 1940, del Ministerio de Educación<sup>17</sup>, que declara-

<sup>13</sup> La aportación de Vega-Inclán a dicha guía, aunque breve, revela a las claras la sintonía del Marqués con los valores que Cossío atribuía a la ciudad en relación con la historia y la identidad nacional españolas. Vega Inclán subraya la importancia del Toledo de Alfonso VI, «la Corte del rey de las tres religiones», como símbolo del «sincretismo armónico, en mala hora fracasado». En este sentido atribuye a la ciudad una «misión cultural» y ve en ella «el punto central de nuestro movimiento de Turismo, debiendo considerar que Toledo es el centro geográfico de nuestro arte que debe atraer las peregrinaciones que a tierra española llegan, para que saturadas de formas e ideas que sugiere este Museo de todos los siglos, archivo de arte, de tradición y de historia, se propaguen por los ámbitos de nuestra Península y se dispersen por el mundo entero» (VEGA INCLÁN; 1928, pág. 227).

<sup>14</sup> Los otros seis, éstos dentro del recinto, fueron la Ermita del Tránsito, en 1877; la Puerta del Sol, en 1878; la Capilla de San Jerónimo, en 1884; el Alcázar de Toledo, en 1887; la Basílica de Santa Leocadia, en 1890; y la Ermita del Cristo de la Luz, en 1900.

<sup>15</sup> Un repertorio de los monumentos nacionales declarados en Toledo, con las referencias legislativas correspondientes, puede verse en MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y CULTURA (1983-1987, III, págs. 131-179).

<sup>16</sup> *Gaceta de Madrid* de 25 de diciembre. La declaración incluye las puertas de Valmardón, del Sol (que ya había sido declarada, como se apuntó, en 1878), de Bisagra (antigua y nueva), del Cambrón, de Doce Cantos y de Alcántara, además de los Puentes de Alcántara y San Martín y las murallas y torres a ella adosadas.

<sup>17</sup> *B.O.E.* de 18 de abril.

ba las ciudades de Toledo y Santiago de Compostela monumentos histórico-artísticos, y que supuso la primera aplicación de esta figura (recogida en la Ley general de Patrimonio de 1933, de la II República) a conjuntos urbanos enteros.

Con independencia de su cumplimiento y de su incidencia urbanística reales, es obvio que las dos disposiciones citadas implicaban consecuencias paisajísticas notables y que podrían interpretarse, aunque sea de manera implícita y tímida, como el reflejo de una concepción innovadora del patrimonio y de la restauración monumental que, frente a las visiones tradicionales y dominantes en el momento (centradas casi exclusivamente en la protección de los edificios singulares), comienza a valorar también el «entorno» o «ambiente» de los edificios y llega a considerar incluso la idea de «conjunto histórico» (ORDIERES; 1995, págs. 115-159). Una concepción que no era ajena tampoco a las ideas institucionalistas en materia de restauración (ejemplarmente representadas, en el período 1920-1936, por el arquitecto Leopoldo Torres Balbás), así como al aprecio que éstos tenían por las visiones panorámicas e integradoras, en la línea del paisajismo geográfico moderno. El propio folleto-guía elaborado por Cossío por encargo de la Comisaría Regia de Turismo, expresivo de estas concepciones, recomendaba al excursionista completar la visita de los museos y monumentos urbanos toledanos con un paseo por el entorno sur del recinto histórico, bordeando el Tajo entre los puentes de Alcántara y San Martín, para «captar la sensación íntima de la ciudad en su unidad orgánica, en perfecta armonía con el paisaje» (COSSÍO, 1925; págs. 15-16).

Entremezclada indisolublemente con la patrimonialización y el despegue turístico de la ciudad, la valoración de Toledo como paisaje nacional siguió extendiéndose y consolidándose en los años 20 y 30 del siglo pasado. Las manifestaciones de este tenor impregnan, en aquel entonces, los más diversos géneros de la literatura viajera, apareciendo, por ejemplo, en guías turísticas muy editadas, en ciertas lecturas escolares de amplia difusión y hasta en determinadas novelas encuadradas en la tradición del *bildungsroman*, o viaje de formación. Entre el primer tipo de publicaciones apuntado, cabe citar la obra *España*, escrita por el historiador y crítico de arte Francisco Javier Sánchez Cantón y publicada, en varios idiomas<sup>18</sup>, por la Comisaría Regia de Turismo y, poste-

<sup>18</sup> Hasta donde sé, el libro se tradujo, con el mismo título, al inglés, al alemán y al francés.

riormente, por el Patronato Nacional de Turismo. Concebida, en cierto modo, como una guía sintética y oficial para el turista en España, el libro comenzaba justamente con una foto de una vista general de Toledo y, retomando la célebre recomendación de Cossío, aunque sin citarlo, señalaba de esta ciudad «que no podría prescindirse [de ella] si se hubiera de visitar una sola de España» (SÁNCHEZ CANTÓN; 1930, pág. 123).

En ese mismo sentido, y por lo que toca a las obras de finalidad educativa, resultan particularmente expresivos el itinerario y los argumentos planteados en *El Libro de España*, una de las lecturas escolares más populares y divulgadas en nuestro país a lo largo del siglo pasado, inspirada en una archiconocida obra francesa<sup>19</sup>. Publicado por primera vez en 1928 por iniciativa de la editorial F.T.D., vinculada a los Hermanos Maristas, *El Libro de España*, cuya vigencia editorial se prolongó hasta el decenio de 1970, fue concebido como un viaje pedagógico por la historia y el territorio nacionales, cargado de intenciones patrióticas y protagonizado por dos niños españoles emigrados a Francia que, tras la muerte del padre, regresan a su país natal para reencontrarse con sus familiares más cercanos. Tras recorrer y describir casi todas las regiones y provincias españolas, con sus principales ciudades, el libro acaba, de manera significativa, con la visita de los protagonistas a las ciudades de Córdoba y Toledo, «un verdadero museo donde se puede estudiar toda la historia política y artística de España» (F.T.D.; 1928, pág. 289).

Por último, y por lo que respecta a la narrativa viajera de ficción, baste señalar el protagonismo otorgado a Toledo en dos novelas que responden en buena medida al modelo del viaje iniciático de juventud, como son *Arredor de sí*, de Ramón Otero Pedrayo (1930), y *Toledo: Piedad* (1920), de Félix Urabayen. Los protagonistas de ambas novelas, trasuntos literarios de sus autores, son dos jóvenes procedentes de regiones periféricas (un gallego en el caso de la obra de Otero, un navarro en la de Urabayen) que, insatisfechos con su vida, abandonan su tierra materna e inician un viaje por el interior de España en busca de su propia identidad. Con independencia del desigual desenlace existencial de estas novelas,

<sup>19</sup> *Le Tour de la France par deux enfants*, obra de G. Bruno (pseudónimo de Augustine Fouillé). Publicado por primera vez en 1877, la difusión de este libro de lecturas escolar durante la III República francesa alcanzó cotas excepcionales. A la altura de 1923 se habían realizado ya 387 ediciones de la obra, que siguió utilizándose con frecuencia hasta la II Guerra Mundial. Un estudio comparado de este libro y de *El Libro de España*, interpretados como ejemplos de lo que podría denominarse el «viaje ideológico», en SUPLOT (2004).

la visita a Toledo, elegida como símbolo de la identidad nacional y española<sup>20</sup>, participa en ambos casos de manera central en esa búsqueda que, por otra parte, recuerda inevitablemente al viaje efectuado por Baroja y Azorín en el otoño de 1900.

#### IV

#### TOLEDO EN LA MEMORIA DEL FRANQUISMO: LA CIUDAD FORTALEZA O LA SUBLIMACIÓN DEL ALCÁZAR

La Guerra Civil española y el régimen de Franco supusieron un hito más, y en absoluto menor, en la valoración simbólica de Toledo. Si, por un lado, la dictadura franquista, cuya concepción de España estuvo marcada por el nacional-catolicismo, aprovechó e hizo amplio uso de algunas de las imágenes vinculadas originalmente al nacionalismo liberal, por otro, es evidente que la propaganda oficial y los ideólogos afines al régimen apostaron claramente por otro tipo de imagen, la de la «ciudad fortaleza», vinculada al episodio (más o menos mitificado) del asedio, resistencia y liberación del Alcázar.

Al igual que las restantes imágenes analizadas, la de Toledo como ciudad fortaleza tenía unos antecedentes y un evidente trasfondo en la realidad física y funcional de la ciudad. Más allá del espectacular emplazamiento de la ciudad, cuya lógica militar y defensiva era conocida y resaltada desde antiguo en las descripciones geográficas y viajeras, lo que interesa recordar aquí es el notable y creciente peso adquirido por las actividades y espacios militares desde el último tercio del siglo XVIII, con la creación de la fábrica de armas, y, sobre todo, desde mediados del siglo XIX, cuando se instalan, sucesivamente, el Colegio General Militar y el Colegio General de Infantería<sup>21</sup>. La permanencia prolongada de este

último organismo (cuya sede se establecería, desde 1875 hasta 1936, con algunas interrupciones, en el Alcázar), impulsó de manera decisiva las funciones militares de la ciudad, que se fueron reforzando progresivamente con la instalación de otros centros y equipamientos vinculados al Ejército, como el campamento de adiestramiento de los Alijares, en las afueras; el Colegio de Huérfanos de la Infantería, creado en 1872; el Museo de la Infantería, creado en 1908; y la Escuela Central de Gimnasia (también conocida como Escuela Central de Educación Física), creada en 1919. Al lado de la Iglesia y de las funciones administrativas civiles vinculadas a la capitalidad provincial, al comenzar el decenio de 1860 el Ejército constituía ya uno de los tres pilares-clave de la vida social y económica toledana y la primera en el número de personas ocupadas (MIRANDA; 1991, págs. 16-17). Lo acontecido con ocasión de la Guerra Civil de 1936-1939 propiciaría la incorporación del elemento militar a la médula de la imagen simbólica de Toledo y convertiría a esta ciudad, y en particular a uno de sus edificios, el Alcázar, en uno de símbolos y lugares centrales de la memoria franquista, como también lo fueron, por motivos distintos, el Valle de los Caídos y el Monasterio de El Escorial (TRANCHE y SÁNCHEZ-BIOSCA; 2006, págs. 447-526).

Como algunos historiadores han señalado, el sitio del Alcázar de Toledo constituye posiblemente la acción bélica de la Guerra Civil sobre la que más se ha escrito y no hay aquí lugar para el detalle (LAVIANA, 2005). El 21 de julio 1936 una población de cerca de 1.800 personas formada mayoritariamente por miembros del ejército y, sobre todo, de la guardia civil afines a la sublevación militar (acompañados de más de 700 civiles, entre voluntarios y familiares, así como de varias decenas de rehenes), se acuarteló en el Alcázar y fue sitiada por las tropas y milicias del ejército republicano. El asedio de la plaza duró 68 días, e incluyó diversos asaltos directos, bombardeos continuados (aéreos y de artillería), incendios provocados y la explosión de tres minas colocadas en los cimientos, que destrozaron buena parte del edificio y de su entorno próximo y causaron decenas de víctimas entre los sublevados<sup>22</sup>. En una decisión que muchos han juzgado de enorme trascendencia para el curso

<sup>20</sup> A este respecto, resulta especialmente significativo el capítulo VIII de *Arredor de sí*, que narra la estancia en Toledo del protagonista de la novela, Adrián Solovio (personificación del propio Otero, antes de su conversión al galleguismo). Éste acude a la ciudad en su intento por «conquistar heroicamente su personalidad, allí, en el cerne de España. Una obra de Reconquista. Pero sin la ayuda del Apóstol Santiago. Pues de lo que se trataba era de vertebrar con hueso y médula españolas la blanda materia gallega» (OTERO PEDRAYO; 2000, pág. 119, traducción propia).

<sup>21</sup> La presencia en Toledo del Colegio General Militar se limitó a dos períodos breves (los de 1844-1850 y, ya como Academia General Militar, 1882-1892); mientras que la del Colegio (luego Academia) General de Infantería, creado en 1850, sufrió algunas interrupciones y no fue confirmada de manera definitiva hasta 1875. Desde entonces hasta el estallido de la Guerra Civil en 1936 la Academia General de Infantería tuvo su sede en el Alcázar (a excepción del paréntesis originado por el incendio de este edificio en 1887), que también albergó la Academia General Militar entre 1882 y 1892.

<sup>22</sup> Según las cifras ofrecidas por el historiador Martínez Bande, el conjunto del asedio provocó, entre los sitiados, 90 muertos y 555 heridos de diversa consideración (cfr. LAVIANA; 2005, pág. 184). La cifra exacta de bajas en el bando republicano se desconoce, aunque es sabido que en la represión inmediatamente posterior a la ocupación de la ciudad por parte de las tropas franquistas fueron fusiladas más de 800 personas (cfr. REIG, 2006, pág. 222).



FIG. 6. Dos tarjetas postales publicadas en la postguerra, pertenecientes al mismo bloc, mostrando el aspecto de la plaza de Zocodover y del Alcázar antes y después del asedio de 1936 (Madrid, Heliotipia Artística Española, ca. 1944). Archivo Municipal de Toledo.

posterior de la guerra, Franco ordenó al llamado Ejército del Sur y Extremadura, al mando del general Varela, que desviara su marcha sobre Madrid para centrarse en la liberación de la plaza toledana, que se llevó cabo el 27 de septiembre de 1936. El propio Franco, sabedor de la importancia simbólica de esta victoria, entraba triunfalmente en Toledo dos días después de la toma de la ciudad, que supuso para su causa un enorme acicate moral y propagandístico a escala internacional y, según algunos autores, favoreció y precipitó su designación como Jefe del Estado y mando único de los ejércitos rebeldes, anunciada el 28 del mismo mes.

A partir de este momento el episodio del sitio y la liberación del Alcázar de Toledo se integrarían de manera central en el imaginario simbólico de los vencedores de la guerra, al tiempo que su historia, sobre la que todavía subsisten agrias polémicas, se idealizó hasta convertirse en un mito de indudable plasticidad narrativa. A la fabricación de este mito contribuyeron, en primer lugar, la prensa y los noticiarios oficiales del llamado bando «nacional», a los que se sumaron enseguida una amplia historiografía afín (iniciada, en 1937, por la obra de Joaquín Arrarás y Luis Jordana de Pozas, *El sitio del Alcázar de Toledo*), así como determinada cinematografía, tanto española como extranjera, de que da buen ejemplo la famosa coproducción hispano-italiana titulada *Sin novedad en el Alcázar / L'assedio dell'Alcazar*, estrenada en 1940.

Con independencia del debate historiográfico sobre los sucesos acontecidos durante el asedio, lo cierto es que la propaganda del régimen desarrolló en torno a éste una nutrida cadena de representaciones míticas (un mitologema, en suma) plagada de analogías o de «espejismos» históricos, algunos de las cuales han suscitado

estudios más o menos detenidos (REIG, 2006, págs. 193-234; TRANCHE y SÁNCHEZ-BIOSCA, 2006, págs. 471-493). El episodio bélico y la historia milenaria del edificio, de largo y denso pasado, unidos a sus dimensiones monumentales y a su emplazamiento dominante (en la colina más elevada de la ciudad), facilitaron su conversión en un símbolo de determinados valores y virtudes (en especial las castrenses) que para los ideólogos del Nuevo Estado formaban parte medular del ser de España y de los españoles. El asedio fue comparado con una Numancia contemporánea, expresión de una resistencia heroica, dramática e irreductible; el coronel sublevado que lideró la resistencia de los sitiados, José Moscardó, uno de cuyos hijos fue hecho prisionero y murió fusilado por las tropas republicanas en agosto de 1936, fue asimilado a la figura de Guzmán el Bueno, como arquetipo de firmeza y sacrificio personal; y el episodio en su conjunto fue entrelazado con la memoria histórica previa del edificio, y en especial, con una larga historia imperial española que se remontaba a Carlos V.

En parecido sentido, el franquismo pobló las ciudades y pueblos españoles de topónimos alusivos, directa o indirectamente, a los sucesos del Alcázar, muchos de los cuales perduran hoy día<sup>23</sup>. Y construyó, en fin, una curiosa «poética de la ruina» que exhibió públicamente durante casi dos décadas los escombros causados por el asedio como modo de rememorar la destrucción a que fue sometido el edificio por el bando republicano, así como su estrepitoso fracaso. Una poética que impregnó durante generaciones determinados libros escolares de

<sup>23</sup> En un estudio sobre la permanencia actual de la toponimia franquista realizado en 2002, Montserrat Duch contabilizaba 94 municipios españoles que conservaban alguna calle alusiva al episodio bélico del Alcázar (DUCH; 2004).

gran difusión<sup>24</sup> y que contó entre sus artífices más notorios y tempranos con el escritor y diplomático Agustín de Foxá, autor de un antológico artículo en el que comparaba las ruinas provocadas por la guerra con una suerte de museos más espirituales y auténticos que los tradicionales, por su capacidad para conjurar las emociones y la imaginación de los visitantes:

«Es mentira (llegaba a escribir Foxá) que España esté en ruinas; nunca Toledo ha estado más completo. El peligro de una ciudad histórica, de una patria con abolengo, no está en las ruinas, sino en los museos. Benditas las ruinas, porque en ellas están la fe y el odio y la pasión y la lucha y el alma de los hombres» (FOXÁ, 1937)<sup>25</sup>.

En sintonía con estos planteamientos, el Alcázar se convirtió muy pronto, como bien ha mostrado Miriam Basilio, en un «destino turístico patriótico cuya experiencia estaba cercana a la devoción religiosa» y cuya visita podía considerarse una suerte de «peregrinación», que las guías y folletos oficiales recomendaban efectuar con recogimiento y con oraciones en memoria de los

caídos (BASILIO, 2006; págs. 120-122). En 1937 el gobierno franquista declaró el edificio Monumento Nacional, instaló en el mismo un Museo del Asedio (que ha perdurado hasta fechas recientes, como parte de una delegación del Museo del Ejército) e incorporó el lugar a una de las «Rutas de Guerra» creadas, en 1938, por la Dirección General de Turismo, adscrita al Ministerio del Interior, como parte de la propaganda internacional del régimen militar (POUTET; 1995, págs. 206-208; BASILIO, 2006, pág. 119). Si es cierto que la muerte de Franco y la restauración de la democracia atenuaron su presencia en la memoria oficial del Estado, también lo es que el Alcázar siguió siendo uno de los lugares de la memoria principales del ejército y, de manera más amplia, de la Guerra Civil, particularmente atractivo a determinado tipo de turismo. Un simbolismo que, al margen de otros valores históricos y artísticos propios del edificio, explica en buena medida que el Alcázar haya continuado siendo, hasta hoy día, uno de los monumentos más visitados de Toledo<sup>26</sup>. Pero esa es otra historia.

<sup>24</sup> Así ocurrió, precisamente, con *El libro de España*, cuyas ediciones posteriores a la Guerra introdujeron modificaciones importantes afines a la causa de los vencedores. La visita a Toledo, por ejemplo, fue ampliada con un apartado sobre el asedio y liberación del Alcázar en el que, con la ampulosa retórica propia del momento, se invitaba al lector a conocer unas «ruinas gloriosas» cuya «visión (...) es más impresionante que todas las descripciones» (EDITORIAL LUIS VIVES; 1943, págs. 297-298).

<sup>25</sup> Miriam Basilio ha reproducido otros testimonios parecidos, como los del pintor José María Sert y el ingeniero Vicente Machimbarrena, que defendieron públicamente, aunque desde posturas distintas, la conservación de las ruinas del Alcázar. El edificio no empezó a reconstruirse hasta 1957 (BASILIO; 2006, págs. 122-123).

<sup>26</sup> Según los datos reproducidos por García Hernández, en el año 2000 el Museo del Alcázar recibió alrededor de 300.000 visitantes, cifra muy parecida a la de San Juan de los Reyes y superada tan solo, entre los monumentos de Toledo, por la catedral (que recibió más de un millón de visitantes) y la iglesia de

Santo Tomé, que alberga «El entierro del señor de Orgaz», de El Greco (con cerca de 615.000 visitas) (GARCÍA HERNÁNDEZ; 2003, pág. 458). En noviembre de 2002 la mayor parte del edificio del Alcázar fue cerrada al público con motivo de la remodelación destinada a albergar la nueva sede central del Museo del Ejército, cuya apertura está prevista para finales de 2007 o principios de 2008. Desde 1998 el Alcázar acoge también la Biblioteca Regional de Castilla-La Mancha.

Este trabajo se ha realizado dentro del Proyecto de Investigación SEJ2004-03777, financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia y el FEDER. Una versión inicial y resumida del mismo se presentó como comunicación en el *III Coloquio de Historia del Pensamiento Geográfico*, y, en forma de ponencia, en el Seminario sobre «La valoración patrimonial y cultural del paisaje» celebrado en Miraflores de la Sierra (Madrid), en noviembre de 2006. Agradezco a los profesores Nicolás Ortega Cantero (director de dicho Seminario) y Francisco Quirós Linares las sugerencias efectuadas en relación con la ponencia que dio origen a este trabajo.

## B I B L I O G R A F Í A

AMICIS, Edmondo de (2000): *España. Diario de viaje de un turista escritor* [1873]. Cátedra, Madrid, 351 págs.

ARIAS, Enrique y NAVARRO, Alicia (coords.) (1990): *Tres grandes maestros del paisaje decimonónico español: Jenaro Pérez Villaamil, Carlos de Haes, Aureliano de Beruete*. Centro Cultural del Conde Duque, Madrid, 441 págs.

AYUNTAMIENTO DE TOLEDO (1994): *Avance del Plan especial del casco histórico de Toledo*. Toledo.

AZORÍN (1971): *Clásicos y modernos* [1913]. Losada, Buenos Aires.

AZORÍN (2000): *Diario de un enfermo* [1901]. Edición de Francisco José Martín, Biblioteca Nueva, Madrid, 260 págs.

AZORÍN (2001): *La voluntad* [1902]. Caja de Ahorros del Mediterráneo / Bibliotex, Barcelona, 221 págs.

- BAROJA, Pío (1993): *Camino de perfección (pasión mística)* [1902]. Caro Raggio, Madrid, 335 págs.
- BARRERO, Hilario (2000): *Vida y obra de un claro vascón de Toledo: el legado literario de Félix Urabayen*. Tesis doctoral defendida en la City University of New York y accesible en formato electrónico en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (<http://www.cervantesvirtual.com>).
- BARRÈS, Maurice (1942): *El Greco o el secreto de Toledo* [1913]. Hachette, Buenos-Aires, 159 págs.
- BASILIO, Miriam (2006): «Peregrinaje al Alcázar de Toledo: ritual, turismo y propaganda en la España de Franco», en MCLAREN, B. y LASANSKY, M. (eds.): *Arquitectura y turismo*. Gustavo Gili, Barcelona, págs. 115-130.
- BÉCQUER, Gustavo Adolfo (1995-1996): «Tres fechas» [*El Contemporáneo*, 20, 22 y 24-VII-1862]. Repr. en *Obras completas*. Biblioteca Castro/Turner, Madrid, vol. 2, págs. 183-201.
- BRANDIS, Dolores; RÍO, Isabel del (2006): «Las imágenes de la ciudad histórica y el turismo», en ORTEGA CANTERO, N. (ed.): *Imágenes del paisaje*. Universidad Autónoma de Madrid - Fundación Duques de Soria, Madrid, págs. 199-227.
- BRINCKMANN, Josephine de (2001): *Paseos por España (1849 y 1850)*. Cátedra, Madrid, 356 págs.
- BROWN, Jonathan *et al.* (1982): *El Greco de Toledo*, Madrid, Alianza, 279 págs.
- CACHO VIU, Vicente (1962): *La Institución Libre de Enseñanza (Vol. 1)*. Rialp, Madrid, 572 págs.
- CALLE VAQUERO, Manuel de la (2002): *La ciudad histórica como destino turístico*. Ariel, Barcelona, 302 págs.
- CAMARASA, Santiago (1927): *El turismo en Toledo: estudio premiado*. Estudio Tipográfico de A. Medina, Toledo, 46 págs.
- COSSÍO, Manuel Bartolomé (1908): *El Greco*. Victoriano Suárez, Madrid, 727 págs.
- COSSÍO, Manuel Bartolomé (1925): *Excursión a Toledo: el arte en Toledo*. Comisaría Regia del Turismo, Madrid, 27 págs.
- COSSÍO, Manuel Bartolomé (1929): «El arte en Toledo» [1905], en *De su jornada (fragmentos)*. Impr. Blass, Madrid, págs. 296-311.
- CUESTA, Josefina (ed.) (1998): «Memoria e Historia», *Ayer*, nº 32.
- DUCH PLANA, Montserrat (2004): «Toponimia franquista en democracia», en FORCADELL, C. *et al.* (eds.): *Usos de la historia y políticas de la memoria*. Pressas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, págs. 273-286.
- EDITORIAL LUIS VIVES (1944): *El libro de España*. Luis Vives, Zaragoza, 320 págs.
- F.T.D. (1928): *El libro de España*. Editorial F.T.D. (Frère Théopane Durand), Barcelona, 324 págs.
- FLOR, Fernando de la (1998): «Los lugares de la memoria: el intelectual y el aura de la ciudad histórica entre dos fines de siglo», en CASTILLO, M. (ed.): *Centros históricos y conservación del patrimonio*. Fundación Argentaria/Visor, Madrid, págs. 127-147.
- FOX, Inman (1997): *La invención de España*. Madrid, Cátedra, 224 págs.
- FOXÁ, Agustín de (1937): «Arquitectura hermosa de las ruinas». *Vértice*, nº 1, abril.
- GARCÍA ÁLVAREZ, Jacobo (2007) (en prensa): «Nacionalismos y patrimonialización del paisaje en España: consideraciones teóricas y líneas de investigación recientes», en DEGRÉMONT, I. y PUYO, J. Y. (eds.): *Patrimonialisation des Pyrénées, entre pratiques professionnelles et pratiques scientifiques*.
- GARCÍA HERNÁNDEZ, María (2003): *Turismo y conjuntos monumentales. Capacidad de acogida turística y gestión de flujos de visitantes*. Tirant lo Blanch, Valencia, 541 págs.
- HINTERHÄUSER, Hans (1980): *Fin de siglo. Figuras y mitos*. Taurus, Madrid, 185 págs.
- LAVIANA, Juan Carlos (ed.) (2005): *La Guerra civil española. Mes a mes (vol. 5)*. Unidad Editorial, Madrid, 206 págs.
- LÓPEZ GÓMEZ, Antonio (1946): «El meandro encajado del Tajo en Toledo», *Estudios Geográficos*, nº 24, págs. 546-552.
- LOZANO, Miguel Ángel: «Una visión simbolista del espacio urbano: la ciudad muerta», en ROVIRA, J. C. y NAVARRO, J. R. (eds.), *Actas del Coloquio Internacional «Literatura y espacio urbano»*. Caja de Ahorros del Mediterráneo, Alicante, págs. 60-73.
- MADOZ, Pascual (1987): «Toledo», en *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar* [1845-1850]. Ámbito Ediciones - Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 2 vols., vol. 2, págs. 367-404.
- MARÍN VALDÉS, Fernando (1988): «Aureliano de Beruete y la ciudad de Toledo», *Anales Toledanos*, xxv, págs. 285-325.

- MARTÍNEZ DE PISÓN, Eduardo (1998): *Imagen del paisaje. La generación del 98 y Ortega y Gasset*. Caja Madrid, Madrid, 222 págs.
- MATA INDURÁIN, Carlos (2000): «Toledo, ciudad dormida. El retrato físico y moral de la “imperial ciudad” en la narrativa de Félix Urabayen», en SIBBALD, K. M. *et al.* (eds.), *Ciudades vivas / ciudades muertas: espacios urbanos en la literatura y el folklore hispánicos*. Universitas Castellae, Valladolid, págs. 217-234.
- MINISTERIO DE CULTURA (1995): *Mapa del Patrimonio Histórico Inmueble*. Madrid, Ministerio de Cultura.
- MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y CULTURA (1984-1987): *Monumentos españoles. Catálogo de los declarados histórico-artísticos, 1844-1953*. MEC, Madrid, 4 tomos (t. III).
- MIRANDA ENCINAS, Jorge Manuel (1991): *Los albores del siglo XX en Toledo (1885-1902)*. Premios Ciudad de Toledo, Talavera de la Reina, 221 págs.
- MORALES, Antonio y ESTEBAN, Mariano (eds.) (2005): *¿Alma de España?: Castilla en las interpretaciones del pasado español*. Marcial Pons, Madrid, 339 págs.
- MORENO GARRIDO, Ana (2004): *Turismo y nación: la definición de la identidad nacional a través de los símbolos turísticos (España, 1908-1929)*. Tesis doctoral inédita defendida en la Universidad Complutense de Madrid, 361 págs + anexos.
- MORENO NIETO, Luis (1983): *Toledo en la literatura: antología*. Diputación Provincial de Toledo, Toledo, 194 págs.
- MULLER, Priscilla y BURKE, Marcus (2004): *Sorolla: The Hispanic Society*. The Hispanic Society of America, Nueva York, 238 págs.
- MUÑOZ HERRERA, José Pedro (1993), *Imágenes de la melancolía: Toledo (1772-1858)*. Ayuntamiento de Toledo, Toledo, 208 págs.
- NOGUÉ, Joan (2005): «Nacionalismo, territorio y paisaje en Cataluña», en ORTEGA CANTERO, N. (ed.): *Paisaje, memoria histórica e identidad nacional*. Universidad Autónoma de Madrid - Fundación Duques de Soria, Madrid, págs. 146-169.
- NORA, Pierre (dir.) (1984-1992), *Les Lieux de mémoire*. Gallimard, París, 3 tomos.
- ORDIERES, Isabel (1995): *Historia de la restauración monumental en España (1835-1936)*. Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales, Madrid, 494 págs.
- ORTEGA CANTERO, Nicolás (1999): «Imágenes románticas del paisaje español», en Hermosilla, M. A. *et al.* (eds.), *Visiones del Paisaje*. Universidad de Córdoba, Córdoba, págs. 115-137.
- ORTEGA CANTERO, Nicolás (2001): *Paisaje y excursiones: Francisco Giner, la Institución Libre de Enseñanza y la Sierra de Guadarrama*. Las Rozas (Madrid), Raíces - Caja Madrid, 333 págs.
- ORTEGA CANTERO, Nicolás (ed.) (2005): *Paisaje, memoria histórica e identidad nacional*. Universidad Autónoma de Madrid - Fundación Duques de Soria, Madrid, 294 págs.
- ORTEGA Y GASSET, José (2006): «La “razón topográfica” y una variación sobre Toledo» [1921]. Recogido en *Teoría de Andalucía y otros ensayos* (1942), en *Obras Completas. Tomo VI (1941-1955)*. Fundación Ortega y Gasset - Taurus, Madrid, págs. 190-193.
- OTERO PEDRAYO, Ramón (1994): *Arredor de sí* [1930]. Galaxia, Vigo, 11ª ed., 188 págs.
- OTERO URTAZA, Eugenio M. (1994): *Manuel Bartolomé Cossío: trayectoria vital de un educador*. CSIC - Asociación de Amigos de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 404 págs.
- PENA, María del Carmen (1983): «Aureliano de Beruete y Moret, personaje y paisajista español de fin de siglo», en Lafuente, E. *et al.*, *Aureliano de Beruete (1845-1912)*. Obra Cultural de la Caja de Pensiones, Madrid, págs. 12-23.
- PENA, María del Carmen (1993): «La modernización del paisaje realista: Castilla como centro de la imagen de España», en *Centro y periferia en la modernización de la pintura española (1880-1918)*. Ministerio de Cultura - Ed. Ambit, Barcelona, págs. 42-48.
- PÉREZ GALDÓS, Benito (2000): *Toledo, su historia y su pasado: las generaciones artísticas en la ciudad de Toledo* [1870]. Antonio Pareja, Toledo, 158 págs.
- POLO BENITO, José (dir. lit.) [1928]: *Toledo. Guía Oficial*, 3ª ed. Rafael Gómez Menor, Toledo, 272 págs.
- PORRES MARTÍN-CLETO, Julio (2001): *La desamortización del siglo XIX en Toledo*, 2ª ed. Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos, Toledo, 590 págs.
- PORTÚS, Javier y VEGA, Jesusa (2004): *El descubrimiento del arte español. Tres apasionados maestros: Cossío, Lafuente, Gaya Nuño*. Nivola, Tres Cantos (Madrid), 156 págs.

- POUTET, Hervé (1995): *Images touristiques de l'Espagne. De la propagande politique à la promotion touristique*. L'Harmattan, París, 370 págs.
- QUIRÓS LINARES, Francisco (1999): «La iniciación geográfica de Manuel de Terán», *Ería*, nº 49, págs. 177-184.
- QUIRÓS LINARES, Francisco (2004): «El paisaje urbano en la geografía española moderna», en Ortega Cantero, N. (ed.): *Naturaleza y cultura del paisaje*. Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid - Fundación Duques de Soria, Madrid, págs. 171-186.
- REIG TAPIA, Alberto (2006): *La cruzada de 1936. Mito y memoria*. Alianza Editorial, Madrid, 428 págs.
- SÁNCHEZ-CANTÓN, Francisco Javier [1930]: *España*. Patronato Nacional de Turismo, Madrid, 163 págs.
- SAZATORNIL, Luis (2003): «Las ciudades de la memoria y el moderno espectador: de las Exposiciones Universales al touriste», en IGLESIAS, J. M. (ed.), *XIV Cursos sobre el Patrimonio Histórico*. Universidad de Cantabria - Ayuntamiento de Reinosa, Reinosa, págs. 49-68.
- STORM, Eric (2003): «La nacionalización del Greco», *Claves de la razón práctica*, nº 137, págs. 74-79.
- SUPIOT, Alberto (2004): «El viaje ideológico. El viaje como recurso en la tradición escolar: de *Le Tour de la France par deux enfants* al *Libro de España*», en MARIÑO, F. M. y OLIVA, M. (coords.): *El viaje en la literatura occidental*. Universidad de Valladolid, Valladolid, págs. 249-273.
- TERÁN ÁLVAREZ, Manuel de (1929): «Castilla la Nueva», en VALLS TABERNER, F. (dir.): *Geografía Universal. Descripción moderna del mundo (tomo III)*. Instituto Gallach, Barcelona, págs. 58-89.
- TERÁN ÁLVAREZ, Manuel de (2004): «Toledo. Estudio de Geografía Urbana» [1949], en *Ciudades españolas*. Real Academia de la Historia, Madrid, págs. 161-260.
- TILL, Karen (2003): «Places of memory», en AGNEW, J. et al. (eds.), *A Companion to Political Geography*. Blackwell, London, págs. 290-301.
- TRANCHE, Rafael y SÁNCHEZ-BIOSCA, Vicente (2006): *NODO. El tiempo y la memoria*, 8ª ed. Cátedra/Filmoteca Española, Madrid, 635 págs.
- TRAYER, Vicente (1965): *El Marqués de la Vega-Inclán*. Dirección General de Bellas Artes - Fundaciones Vega-Inclán, Castellón, 240 págs.
- URABAYEN, Félix (1936): *Don Amor volvió a Toledo*. Espasa-Calpe, Madrid, 206 págs.
- VALLE-INCLÁN, Ramón del (1993): *La lámpara maravillosa* [2ª ed., 1922]. Espasa-Calpe, Madrid, 197 págs.
- VALLS TABERNER, F. (dir.) (1929): *Geografía Universal. Descripción moderna del mundo (tomo III: Península Ibérica)*. Instituto Gallach, Barcelona, 592 págs.
- VARELA, Javier (1999): *La novela de España. Los intelectuales y el problema español*. Taurus, Madrid, 427 págs.
- VEGA-INCLÁN, Marqués de la (1928): «Madrid, Aranjuez, Toledo», en POLO, J. (ed.): *Toledo. Guía Oficial*, 3ª ed. Rafael Gómez Menor, Toledo, págs. 227-230.
- VILLAR GARRIDO, A. y J. (comps.) (1997): *Viajeros por la historia. Extranjeros en Castilla la Mancha*. Consejería de Educación y Cultura, Toledo, 405 págs.
- VV.AA. (1990): *Simposio Toledo Romántico*. Colegio Universitario de Toledo, Toledo, 318 págs.
- ZÁRATE MARTÍN, Antonio (1997): «Imagen y potencial turístico de un centro histórico singular, Toledo», en VALENZUELA, M. (coord.): *Los turismos de interior. El retorno a la tradición viajera*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, págs. 289-304.